

Rafael Cardoso

Dieciséis mujeres

Traducción del portugués
de Carla Guimarães

alevosía 

**«Somos bomberos. Nada de lo que
es humano nos resulta indiferente»**

Lema pintado en el 17.º cuartel
de bomberos de Copacabana,
Río de Janeiro, Brasil.

Dedico este libro a las mujeres más presentes en mi vida:

Evelyn, amiga de las horas inciertas.

Valéria, siempre cercana.

Luciana, editora y amiga.

Eva, la más constante.

Paty, Tatiana, Zuzu, que me conocen de otros carnavales.

Elisa, Ellen y Helô, que me cuidan.

*Mi madre, Nadya; mis tías, Cléo y Maíza; mis queridas primas,
Adriana, Alessandra, Andréa, Martha, Valéria; mi sobrina Anna Helena.*

Para Bia, que me hizo sentir amado.

RENATA, CATETE*, 34.

* *Catete* es un barrio de la zona sur de la ciudad de Río de Janeiro, con una importante presencia de comercio callejero y una población en su mayoría de clase media.

«Allí estaba la vieja calle Catete, y estaba como siempre había sido, tan cosmopolita y tan carioca, conservando los caserones de otrora, que resistían heroicamente la furia inmobiliaria...» Renata cerró el libro y miró alrededor. ¿No era cierto que estaba rodeada de caserones de otrora? La palabra le pareció graciosa. «Otrora.» Todo era muy gracioso. Pasaba por la calle Catete, a la hora de la comida, cuando la portada de un libro atrajo su mirada. Una silueta de mujer emergía de las aguas, destacada en negro sobre fondo blanco, con el título impreso en rojo: *Las cariocas*. Simple, pero efectivo. Renata apreciaba esas cosas, cosas de diseño. El título le pareció intrigante; al fin y al cabo, ella era una carioca legítima, de pura raza, y jamás había visto un libro sobre el tema. El nombre del autor también le llamó la atención. Sérgio Porto. ¿No era ese el nombre de un espacio cultural donde había ido con Juliana, su prima, a ver aquella horrible obra de Gerald Thomas*? Sí, lo era. ¿Así que ese tal Sérgio Porto era escritor? Cogió el libro y lo abrió justamente en la frase «Allí estaba la vieja calle Catete». ¡Qué coincidencia! ¡Ella estaba en la calle Catete en aquel preciso momento! Un escalofrío recorrió su espalda. Y aún hay gente que cree en el azar.

Nada es casual, Renata estaba segura de eso. Aquella nota que encontró en el bolsillo del pantalón de Maurício, por ejemplo. Ella nunca miraba en los bolsillos de la ropa sucia. Nunca. No era

* Polémico director de teatro brasileño. (*N. de la T.*)

de esas mujeres celosas que espían a sus maridos. Más de una vez había llegado a lavar tarjetas de visita, facturas e incluso dinero con la ropa. ¡Cómo se enfadaba Maurício cuando lo descubría! Los billetes conseguían sobrevivir a la lavadora, pero lo demás se convertía en esa masa blanca que se deshace y se pega a todo cuando se seca. Ayer, inesperadamente, se acordó de meter la mano en el bolsillo del pantalón gris que su marido se había puesto el jueves, el día que se quedó trabajando hasta más tarde. Encontró un pequeño pedazo de papel arrugado donde estaba escrito «Jamilly, 4107 4122», en una letra que parecía ser la de Maurício. ¿Quién era esa Jamilly? ¿Qué hacía el teléfono de ella en el bolsillo de él? Pensó en enfrentarse a él, exigir una explicación, pero terminó desistiendo de la idea. No estaba con ánimos para más discusiones, ni para que la llamaran loca otra vez. Tiró la nota, pero no sin antes memorizar el número.

Renata tenía una excelente memoria para los números. Había sido así desde pequeña: se sabía el número de la matrícula del coche y el teléfono de todo el mundo que conocía. Era un talento innato y uno de sus mayores méritos en el trabajo. Mientras sus compañeras tenían que mirar constantemente las agendas o el móvil para encontrar un teléfono, Renata se los sabía de memoria. Eso en la época en que tuvo compañeras de trabajo. Durante nueve años fue recepcionista en un gran bufete de abogados, compartiendo con otras tres chicas el mismo puesto. Pero hacía ya cuatro años que trabajaba sola en la clínica odontológica del doctor Paulo Ivo Nascentes de Mendonça y su esposa, la doctora Francineide de Jesus Silva Mendonça. Lo prefería. El horario era mejor, ganaba más y no tenía que soportar la envidia de las otras chicas. Además, la doctora Fran era un cielo. La trataba como a alguien de la familia, no como a una empleaducha cualquiera. Nunca olvidaba su cumpleaños ni su aniversario de boda. Todos los años enviaba recuerdos a Maurício, a quien ni siquiera conocía. Es cierto que el doctor Paulo Ivo era un poco antipático, pero nada fuera de lo normal. Era bastante mayor que la doctora Fran. Una vez, la doctora le confesó que su marido había sufrido mucho

en Roraima* , cuando era dentista en las Fuerzas Aéreas. Veintidós años en Roraima... ¡Eso era inimaginable!

Renata aún recordaba las recriminaciones que recibía en el bufete de abogados cada vez que tardaba en regresar de la comida. Ahora todo era distinto. Se iba durante una hora y media y nadie le decía nada, ni un comentario, ni una mirada de reproche. Generalmente ni siquiera almorzaba. Se comía un sándwich vegetal que traía de casa o, si no le daba tiempo a preparar nada, se compraba un tentempié en el jardín del Museo de la Republica o una empanada cerca de la estación de metro, que era más barato. Tenía que adelgazar. Ya pesaba cincuenta y ocho kilos, tres más de lo que le gustaría. Aprovechaba el tiempo que le sobraba para pasear hasta la glorieta de Machado, ver los escaparates y hacer pequeñas compras en la Galería Cóndor o en la Catete 228. La calle Catete tenía todo tipo de comercios, incluso vendedores callejeros de artesanías, bordados y camisetas. Siempre había alguna novedad y, con tantos sobrinos, naturales y postizos, cada semana había algún regalo de cumpleaños que comprar. Solo este mes, había comprado una camiseta del Real Madrid para Claudio Henrique, un CD de los Red Hot Chili Peppers para Clarisa y un vestidito bordado a mano para Jade, hija de Danielly. A los sobrinos les encantaban los regalos de la tía Renata. Siempre tía, nunca madre. Era su sino.

Hoy, sin embargo, era un día diferente. Estaba segura, cada vez más. Nunca se paraba en los quioscos que vendían libros, por ejemplo. No tenía la costumbre de leer, y menos aún de segunda mano. La palabra le sonaba mal. Segunda mano. ¡Nunca le gustaron los segundones! Pero algo en el libro le llamó la atención desde el otro lado de la calle. Preguntó cuánto costaba. ¡Seis reales! «Ah, ¡es muy caro! ¡Hazme un descuento!» Terminó llevandoselo por cuatro y una sonrisa. «Las niñas bonitas no pagan dinero», dijo un astuto vendedor mientras ella se acercaba. Niña bonita, ¿ella? Al menos alguien pensaba que lo era. Maurício no... Ni siquiera

* Estado brasileño situado en la región norte, cubierto en su mayor parte por jungla. (*N. de la T.*)

la miraba. La semana pasada, en pleno síndrome premenstrual, le preguntó si la veía gorda. Él dejó el periódico sobre su regazo y la observó de arriba abajo con la mirada torcida, como quien evalúa la oferta de un coche usado que jamás pensaría en comprar. Después volvió al periódico, sin responder nada. Renata nunca se sintió tan menospreciada. No osó repetir la pregunta. Era evidente que le parecía gorda y fea, sin ningún atractivo sexual.

Con el libro en una bolsa de plástico de supermercado dentro de su bolso, Renata giró a la izquierda en la galería y caminó decidida hacia la tienda de dulces. Se sentó sola en una mesa, pidió un expreso y una tarta de *mousse* de chocolate. Al diablo, pensó, si no le gusto a nadie. Al menos le quedaba ese placer. Había leído en algún lugar que el chocolate sustituye al orgasmo. Mientras esperaba la tarta, no dejaba de pensar en la nota con el teléfono de la tal Jamilly. Por más que intentaba pensar en otra cosa, el número le venía insistentemente a la cabeza. 4107 4122, 4107 4122, 4107 4122. Comió la tarta despacio, saboreando cada cucharada con una mezcla de placer por el dulce y creciente irritación por sus pensamientos. Jamilly. Con dos *e*les y una *i* griega. Parecía nombre de puta. Pero no, podría ser un cliente. Al fin y al cabo un vendedor también tiene clientas. Renata alejó las malas ideas y remató el último trozo de tarta con una amarga satisfacción. En un impulso repentino, preguntó al camarero si vendían cigarrillos sueltos. Hacía cuatro meses que había dejado de fumar, pero se justificó pensando que uno no le haría daño. Sí, vendían cigarrillos sueltos. Marlboro y Free. Un Free y la cuenta, por favor.

Tomó el último sorbo de café y dio la primera calada al cigarrillo. ¡Qué delicia! Se recostó en la silla y echó el humo, acompañando su trayectoria ondulante con la mirada. Dejó de fumar porque Mauricio le había dicho que las madres que fumaban durante el embarazo eran unas asesinas. En su ansia por tener un hijo, Renata entendió este comentario como un mensaje cifrado de que debería dejar el vicio antes siquiera de pensar en el asunto. Le costó un gran esfuerzo: parches de nicotina y cajas y más cajas de chicles. Se convirtió en clienta habitual del quiosco de

caramelos que estaba al lado del banco. Después de tres semanas de mucha irritación y sufrimiento, consiguió superar la peor fase. Cuando cumplió un mes sin fumar, Mauricio la llevó a cenar para celebrarlo, pero jamás volvió a hablar sobre hijos. Con el lento pasar del tiempo, Renata llegó a la conclusión de que la censura del marido no era un mensaje cifrado, sino un desahogo espontáneo, probablemente inspirado por un reportaje antitabaquista que había visto en televisión. En su decepción, no quiso admitir, ni siquiera consigo misma, que dejó de fumar únicamente por esta razón; y aceptó vivir con un placer menos. Decidió que volvería a fumar a escondidas, solo de vez en cuando, para matar la nostalgia.

Bajó la mirada del humo al nivel de la mesa y no pudo dejar de notar un bello par de ojos verdes que venían al encuentro de los suyos. Los ojos pertenecían a un joven apuesto, un poco desaliñado, pero muy sexy, que la miraba dejando claras sus intenciones. Parecía un joven Chico Buarque. Renata desvió su mirada rápidamente, y se mostró incómoda, aunque sonrió por dentro. Miró el reloj, terminó el cigarrillo y se levantó para irse. En el momento en que se levantaba de la silla, notó que el joven hacía lo mismo. Cogió la cuenta de la mesa y caminó hacia el mostrador para pagar. Él la siguió. Renata notó que su corazón latía más fuerte. ¿Cuánto tiempo hacía que no experimentaba la emoción de ser abordada por un deseable extraño? ¿Sería verdad que venía a abordarla? Quizás fuera solo una coincidencia que él se levantara a la vez que ella. Quizás quería simplemente pagar su cuenta. Quizás todo fuera fruto de su imaginación. Mientras ella buscaba la billetera en su enorme bolso, el libro se cayó al suelo. Inmediatamente, el extraño aceleró el paso y rescató el frágil paquete. Se lo devolvió con un gesto gracioso y una sonrisa arrebatadora.

—Se te ha caído esto.

Ella intentó mantener una apariencia de calma, pero sintió el calor de la sangre inundando sus mejillas. Sonrió torpemente y agradeció el gesto, esforzándose por poner orden en el bolso abierto, cuyo contenido amenazaba con caerse a los pies del

noble caballero. Intentando equilibrar el bolso y la billetera con la mano derecha contra el abdomen, extendió la izquierda para coger el paquete. Su mirada estaba tan fija en los ojos del galán que erró el blanco y cogió entre los dedos únicamente el borde de la bolsa de plástico, dejando que el maltratado libro cayera otra vez al suelo. Él se agachó de nuevo y volvió a rescatarlo.

—Creo que no te gusta mucho este libro.

El joven abrió aún más la sonrisa, que ya era inmensa. Ella se rio, entre desastrada y seductora. Con un tono muy precipitado para la banalidad del comentario, respondió:

—No, en realidad, acabo de comprarlo.

Sus ojos brillaban revelando los sentimientos que su sentido común preferiría ocultar. Seguro, casi arrogante, el joven cogió el libro con su mano izquierda y lo examinó, sin pedir permiso. Con un aire ligeramente triunfal, leyó el título en voz alta:

—*Las cariocas* de Sérgio Porto. Parece guay. ¿Es bueno?

—No lo sé, aún no he empezado a leerlo.

—¿Te gusta leer?

—Sí. Es decir, no tengo la costumbre de leer mucho. Lo cierto es que debería leer más. Es lo que dicen... que vemos demasiada televisión y leemos poco.

Llamaba la atención el contraste entre su nerviosismo y la tranquilidad del joven, que sonreía con una dulce condescendencia y un sutil, y excitante, toque canalla en la mirada.

—Me llamo Rafael —dijo, con toda la naturalidad de los encuentros predestinados.

—Un placer, me llamo Renata —respondió, con el fatídico temblor de un deudor ante el oficial de la justicia.

—El placer es mío. Oye, Renata, ¿te apetece tomar otro café?

La forma modesta de su invitación contrastaba con su osadía, y disolvía cualquier posible insolencia en simple plausibilidad. Sí o no. Renata sintió que su pulso se aceleraba. Sus venas reverberaban con una insistencia que señalaba su claro deseo de aceptar la invitación.

—¿Un café? No, no puedo. Acabo de tomarme uno.

—Lo sé. Te he visto. Me ha dado mucha envidia verte fumar un cigarrillo. Estoy intentando dejarlo.

—¿De verdad? ¡Pues yo también! Ha sido mi primer cigarrillo en cuatro meses.

—¿Por qué has hecho una excepción?

—No lo sé. Tenía muchas ganas...

—Entonces, haz otra excepción y tómate un café conmigo.

La sonrisa seguía ahí, dulce e incitativa, así como la mirada, segura y decidida. Renata sintió una sequedad súbita en la garganta. Pensó en pedir agua, pero tenía miedo de seguir más tiempo en el borde del abismo verde de aquellos ojos. Como si adivinara sus pensamientos, él completó:

—O agua, si no quieres otro café.

Renata miró hacia el suelo, después hacia el techo, como si buscara ayuda más allá de las escaleras mecánicas que le confinaban en aquel oscuro rellano del centro comercial. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué había aparecido ahora, cuando todos los factores de su vida conspiraban para que ella le quisiera? ¿Le parecería gorda cuando la viera desnuda? Reunió sus últimas fuerzas moralistas y sentenció:

—No puedo. Tengo que regresar al trabajo.

Sin piedad, él disparó:

—¿Nos vemos entonces después del trabajo?

—¿Por qué debería hacerlo?

—No sé. Porque quieres. Yo quiero, mucho.

—¿Por qué?

—Porque eres muy guapa y me has gustado.

Dicha con convicción y con una templanza impecables, la última frase consiguió superar su obriedad y alcanzar, de lleno, a su blanco. Renata sintió que sus rodillas temblaban, literalmente. El muro de moralismo cayó y se irguió en su lugar la valla viva de la seducción. Fue la primera en sorprenderse de la vivacidad que consiguió inyectar a sus propias palabras:

—Eres muy presumido, ¿no?

—Sí.

—¿Y quién dice que tienes alguna posibilidad conmigo?

—Tú me dirás. Aquí eres tú la que decide.

—Tienes la razón, lo soy.

—¿Y qué me dices? ¿Quedamos?

—No lo sé.

En un brevísimo intervalo, ambos se miraron fijamente con un deseo que Renata sintió en sus propias entrañas. La densidad del silencio la rompió él:

—Estaré en la Bodega Portugália, en la glorieta de Machado, a las siete. Voy a pedir mesa para dos. Si vienes, no te arrepentirás.

—Me lo voy a pensar.

Dicho esto, Renata cogió el libro de sus manos y salió caminando hacia la vieja calle Catete, dejando la cuenta del café y de la tarta para que Rafael la pagara.

Llegó jadeante a la consulta. Había dos pacientes que aguardaban en la salita de espera, y se puso inmediatamente a buscar sus fichas en el ordenador mientras contestaba el teléfono. El ajeteo solo disminuyó sobre las cuatro de la tarde, entonces fue cuando el número volvió a surgir en su cabeza. 4107 4122. Apareció enorme y nítido ante sus ojos, como una apoteósica visión divina. Aprovechando que la sala estaba vacía, Renata marcó el número. Despacio. Con cada botón que presionaba, se desprendía una amarra invisible que ataba su alma al sufrimiento. Cuando llegó al octavo dígito, empezó a sentirse extrañamente eufórica y embriagada, como si se hubiera bebido una botella entera de champán. La voz surgió bajita, dura e irritada:

—Diga.

—Hola, quisiera hablar con Jamilly.

—Soy yo.

Una ligera desconfianza se reveló en la respuesta, como si la persona que había al otro lado del aparato no estuviera segura de que era Jamilly. El tono era educado, pero seco. ¿Ahora qué? ¿Qué iba a decir? No podía preguntar por Mauricio. Sería demasiado obvio. Si la persona desconfiara del motivo de la llamada,

Renata se quedaría sin nada. Enmudeció. Del otro lado de la línea salió una voz, áspera:

—¿Quién eres?

Llevada por la inspiración misteriosa que rige la vida de los que están acostumbrados a apostar, Renata arriesgó:

—¿Cuánto por un completo?

Pequeña pausa, mientras se procesaba la demanda.

—Ciento veinte, dos horas, en mi piso.

—Gracias.

—¿Solo eso?

Anonadada, Renata colgó el aparato. De modo que era exactamente lo que intuía. ¿Cuántas? ¿Hacia cuánto? ¿Había sido la primera vez? ¿Habría usado condón? Poco a poco, el *shock* fue dando lugar a una ardiente furia, que quemaba lentamente como sosa cáustica penetrando en su cuero cabelludo, que dolía y que sofocaba como una bola de pan seco bajando por la garganta inflamada. Continuó trabajando mecánicamente, anestesiada por el descubrimiento, sin notar el paso de las horas. Solo miró el reloj cuando terminó de despachar al último paciente del día. Marcaba las 18:30. El tiempo justo, calculó.

Nada sucede por casualidad, pensó mientras bajaba la calle Catete hacia la glorieta de Machado. La calle iluminada estaba abarrotada de gente que aprovechaba los últimos resquicios de la primavera, y el comercio se preparaba para cerrar las puertas por la noche. Apretó el paso para compensar el tiempo que había tardado en arreglarse la cara y el pelo. Quería llegar a las 19:25, exactamente, para poner a prueba la paciencia del joven y atizar su deseo. Sabía que él no esperaría más de media hora. Con veinticinco minutos de retraso, sin quitar ni añadir ningún segundo más, cruzó, nerviosa, el doble portal de madera, como los de las películas de vaqueros. No le vio en un primer momento, ya que él estaba en una mesa cerca del lateral de la puerta, lo que le permitía ver a todos los que entrasen sin ser visto de inmediato. Por un instante, se decepcionó con la decadencia vacía del bar, poblado únicamente por grasientos camareros, hombres barri-

gudos en bermudas e imágenes enmudecidas en los dos aparatos de televisión. Pensó en darse la vuelta y volver a casa. Cuando, finalmente, se giró hacia Rafael, volvió a encontrarse con la misma sonrisa de la tarde, ahora aún más canalla, y con los ojos verdes que la atraían como haces de luz. Una cerveza a la mitad reposaba sobre la mesa, junto a un paquete de Marlboro Light. Se levantó y dio un paso hacia ella.

—Pensé que no ibas a venir —mintió, cogiendo las dos manos de Renata y plantándole lentamente dos besos firmes y tiernos sobre sus mejillas.

—Mentira, sabías que vendría —respondió Renata, notando que él llevaba el pelo mojado y otra ropa. La camiseta negra se adhería suavemente a su torso, revelando bíceps y pectorales más desarrollados de lo que ella había imaginado y tatuajes con los personajes de *Tom y Jerry*, uno en cada brazo.

¡Qué guapo! Renata se sentó usando toda la sensualidad primaria que sabía reunir y apagó el móvil de la manera más ostensible posible. Ojalá Mauricio la llamara y se encontrara con el buzón. ¡Que se joda!

El taxi hasta el hotel Love Time no tardó ni tres minutos. No es que Renata estuviera mirando el reloj. A estas alturas, después de cuatro caipiriñas, la hora era lo que menos le preocupaba. Intentó acordarse de la braguita que se había puesto por la mañana, pensó si necesitaba depilarse las ingles y las axilas, calculó los días que quedaban para su regla. Durante todo este tiempo, la lengua de Rafael exploraba su boca, acariciando el reducido espacio entre las encías y los labios, rascando su paladar con una deliciosa precisión. El primer beso surgió en el momento en que se levantaban para irse. Decidido, él la cogió en sus brazos sin ceremonias. Ella le besó con el fervor furtivo de quien se santigua cuando pasa delante de una iglesia. Era la primera boca que besaba en nueve años, aparte de la de Mauricio. El beso fue intenso, ardiente y largo, como eran los besos de otra época de su vida, que ella creía muerta y sepultada. En los últimos años, su deseo sexual se había convertido irremediabilmente en leche seca. Pero ahora renacía

mojado entre sus piernas, en la saliva que pasaba de boca en boca, en el sudor que pegaba la tela sintética de la camisa a su espalda.

En el momento en que alejó su polla de la boca y la condujo con delicada firmeza hacia dentro, estaba segura de lo que quería y era consciente de que tenía el arma de la venganza literalmente en su mano. De nada sirve preguntarse cómo lo sabía; el hecho es que lo sabía. Tampoco quería explicar cómo o por qué. Fue decisivo, es cierto, que él ni siquiera intentara ponerse el condón; pero, aunque no hubiera sido así, ella hubiese encontrado una manera. La convicción que la poseyó fue tal que insistió en permanecer tumbada de espaldas y mantenerlo dentro de ella el máximo tiempo posible, privilegiando la función biológica por encima de cualquier placer físico, exiguo. Cuando el embarazo fue debidamente confirmado y anunciado, en un primer momento Mauricio se enfadó. ¿Cómo, si siempre habían follado con condón? Pero terminó aceptándolo, anonadado por las estadísticas sobre preservativos fallidos y por las crecientes insinuaciones que le hacían pensar que Renata desconfiaba de sus aventuras extramatrimoniales. El niño nació en el Hospital de São Sebastião, en la calle Catete, y fue bautizado Rafael.